

---

# Adiós a las aulas

## Reflexiones de fin de ciclo \*

Angélica Aremy Evangelista García



ME SATISFACE ENORMEMENTE REFLEXIONAR CON USTEDES SOBRE la maestría en ciencias en recursos naturales y desarrollo rural desde mi situación de egresada. Considero que es un gran privilegio y responsabilidad ser portavoz de las y los estudiantes que hoy nos graduamos, quienes —dicho sea de paso— luchamos constantemente, una vez de manera crítica y organizada y otras tantas sólo a título personal, porque nuestras voces fueran escuchadas.

Como egresadas y egresados de un programa de maestría joven, pensamos que nuestro deber es contribuir a la identificación y reflexión de las dificultades internas, pero también de las capacidades a potenciar con el objetivo de consolidar nuestro posgrado como un plan de investigación y formación de recursos de excelencia en la zona.

He estructurado esta reflexión alrededor de sólo dos características de nuestra maestría: su carácter multidisciplinario y su potencial para formar recursos humanos para la región sureste de nuestro país e incluso Centroamérica y el Caribe.

Respecto a su carácter multidisciplinario, reconocemos que nuestra coincidencia en este programa de estudios representó una experiencia única e invaluable. La oportunidad de interactuar con biólogos, ecólogos, pero también politólogos, comunicadores, psicólogos, antropólogos, sociólogos, agrónomos, ingenieros y médicos veterinarios, nos obligó a establecer la condición primera para la multidisciplina: la comunicación entre materias.

La variedad de antecedentes académicos, laborales y regionales definió la convivencia con profesionistas de algunos estados del país e incluso otros países y, por lo tanto, la aproximación a compañeras y compañeros que aun compartiendo especialidades se diferenciaban por representar diversas escuelas teórico-metodológicas. Más allá del ámbito profesional, representó también una rica experiencia de relación humana en un marco de respeto de los conocimientos, habilidades y actitudes de quienes integramos esta generación.

La multidisciplina supone complejidades y por lo tanto, dificultades frente a las que nuestra maestría ha tenido grandes aciertos aunque todavía nos falta mucho por hacer. El primer trimestre tuvo

la gran virtud de, como ya mencioné, conjuntar diversos profesionistas y posibilitar su comunicación. Estar cerca nos obligó a entablar un diálogo y una interacción de disciplinas, a compartir lentes con los que vemos la realidad, pero sobre todo a conformar equipos heterogéneos de trabajo en los que reconocimos a los otros por su experiencia y conocimiento disciplinario, como colegas, asesores y consultores.

Nuestra generación hizo este ejercicio colectivo en ocasión de un trabajo final. Si bien la experiencia es perfectible, reconocemos que favoreció las condiciones para abordar de manera integral un problema de desarrollo regional. Una vez cumplida la tarea requerida, algunos de estos equipos se transformaron en grupos de estudio que nos permitieron afrontar las dificultades de aproximarnos a materias y contenidos temáticos desconocidos, con el objetivo, porque no decirlo, de sobrevivir en la maestría mientras llegaban los tan anhelados cursos disciplinarios y especializados.

Así pues, hay claros esfuerzos de proporcionarnos herramientas y conceptos que nos permitan complejizar nuestro entorno, identificar problemáticas y construir objetos de investigación en aras de articular, en un trabajo conjunto, el esfuerzo colectivo en beneficio del conocimiento de una microregión, de uno o varios sistemas de producción o sistemas biológicos existentes.

A pesar de estos intentos ¿por qué en la historia del programa de nuestra maestría no ha surgido la iniciativa de una sola tesis colectiva que reúna distintas especialidades? ¿Por qué tampoco existe un curso impartido en coparticipación de investigadoras e investigadores de las diferentes divisiones, en oposición a los que hoy existen, asumidos de manera exclusiva y excluyente por una u otra división? ¿Por qué se ensayan reacomodos en la forma de cubrir la currícula que en apariencia no propician un diálogo e interpelación simultánea de contenidos, mucho menos su integración y síntesis? En resumen ¿por qué no se recuperan los aciertos de las experiencias de multidisciplina en el programa de posgrado?

Otra ventaja en la tarea de conformar espacios académicos interdisciplinarios en nuestra generación fue la existencia del seminario insti-





tucional en la unidad San Cristóbal de las Casas, donde compañeras y compañeros presentamos nuestros protocolos de tesis. Se sabe que hubo la mejor disposición por parte de la comunidad Ecosur para mostrar su trabajo cotidiano, sin embargo, nuestra asistencia dejó mucho que desear; aunque hubo claras excepciones, nos presentábamos o no según nuestra afinidad temática con lo que se exponía.

Esta experiencia en el seminario institucional jugaba un papel primordial de construcción de la multidisciplina en la medida que involucraba también, y sobre todo, a investigadores; su interrupción nos obliga a plantearnos algunas preguntas en torno a nuestra claridad, pero sobre todo voluntad, para fortalecer la vocación heterogénea de esta institución. Más aún, nos obliga a preguntarnos ¿cómo asumen las y los investigadores un programa de maestría que se autodenomina multidisciplinario si no vislumbran la relevancia de espacios de interpelación a su quehacer académico cotidiano entre colegas? (y por colegas entendemos no sólo a otros investigadores sino también a otros alumnos).

El segundo aspecto de esta intervención apunta a la misión de formar especialistas en el estudio y entendimiento de la problemática social, económica, productiva y de conservación de la biodiversidad del sureste de nuestro país. Seguramente antes de llegar a la maestría, para más de uno de mis compañeros eran ya conocidas las condiciones de marginación, pobreza y deterioro de los recursos naturales que caracterizan a esta región. De ahí que venir hasta Chiapas a iniciar un programa de posgrado —con todo lo que ello supone en términos de cambio de residencia, distanciamiento de familiares y amigos, licencias laborales— responde a una amplia y variada gama de expectativas individuales de contribuir a la comprensión y resolución de las necesidades y problemas del contexto regional.

Sin duda, éste es un enorme reto para las y los académicos a quienes ha de resultar sumamente difícil responder a la diversidad de inquietudes, innovaciones, inexperiencias y, porque no, hasta ocurrencias de la totalidad de estudiantes que ingresan en la maestría, sobre todo cuando las encuentran ajenas a sus intereses de investigación. Sin embargo, esperaríamos que reconocieran y valoraran nuestras iniciativas en tanto que contribuyen a esclarecer aspectos relacionados con la problemática regional. Para ello todavía falta trabajar en la coherencia de las estrategias y líneas de investigación con las estrategias y líneas de formación de recursos humanos. De otra manera, las y los alumnos seguiremos eligiendo de entre las únicas tres posibilidades de cursos optativos aquellos a los que debemos inscribirnos para cubrir los créditos. ¿Por qué no se nos oferta un abanico más amplio de posibilidades? ¿Será que los responsables de otros cursos es-

pecializados están fuera de la institución y ningún colega puede sustituirlos? ¿O es que los cursos corresponden sólo a las líneas de investigación vigentes y no a los contenidos prestablecidos que ofrece nuestro posgrado? Elegir entre la única posibilidad no es elegir.

Recientemente, en virtud del cambio en la dirección de Ecosur se inició la reflexión sobre la urgencia de revisar si las investigaciones que aquí se desarrollan responden a los retos y necesidades que impone la problemática de desarrollo regional, más allá de atender a inquietudes particulares, inercias institucionales o pautas de financiadores.

En este contexto, aplaudimos tal esfuerzo de revisión colectiva sobre la pertinencia de las investigaciones de la institución, pero creemos que aún falta voltear la mirada a las propuestas de nuevas líneas que surgen entre los estudiantes de maestría, darles su justo valor y sumarlas al esfuerzo colectivo y multidisciplinario en el estudio y comprensión regional. ¿Cuántos podemos presumir de que nuestro comité tutorial incentivó nuestras iniciativas e incluso nos apoyó en la búsqueda y obtención de apoyos externos para realizar nuestra tesis? Lamentablemente no todas y todos tuvieron esa oportunidad.

Quiero compartir con ustedes nuestra conciencia de la gran oportunidad que hemos tenido al formar parte de la minoría que en este país tiene el privilegio de ser apoyado para cursar un posgrado e iniciarse en la investigación y la docencia; sobre todo reconocemos el compromiso que nos impone el reto de responder con nuestro trabajo al desarrollo de nuestro entorno regional con equidad y justicia.

En mi condición de mujer, profesionista de las ciencias sociales y que además asume la perspectiva de género como el eje teórico y metodológico de su quehacer cotidiano —condiciones aún no del todo legítimas en nuestros espacios académicos y de investigación—, celebro, de manera muy personal, el hecho de estar aquí, ilustrando el reconocimiento que las instituciones hacen a los conocimientos y habilidades de nosotras las mujeres.

Finalmente quisiera agregar, pero sobre todo aclarar, que no es mi objetivo generar reacción de incomodo y malestar en los aquí presentes, sino más bien sumarme a la ya antigua reivindicación del derecho de los estudiantes a participar activamente en esta tarea de consolidación de un programa de posgrado joven y de gran relevancia en la región, es decir, contribuir al inicio de un diálogo que muy seguramente protagonicen otras generaciones de alumnas y alumnos. 

---

\* Discurso pronunciado en la ceremonia de graduación de la maestría en ciencias en recursos naturales y desarrollo rural de la unidad San Cristóbal de Ecosur, generación 1997-1998, el 16 de julio de 1999.